

LA RESPONSABILIDAD SOCIAL

El mundo avanza sobre el insondable abismo de la irresponsabilidad

Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube



La palabra «responsabilidad», en su acepción común, indica el empeño de evaluar con conciencia los deberes y las consecuencias de las decisiones adoptadas en el accionar social. Dicho de otra manera, es el cumplimiento de las obligaciones asumidas o el cuidado en el decir, lo cual implica un claro conocimiento de las circunstancias particulares de cada situación.

En la tradición kantiana, es la virtud individual de asumir libre y conscientemente los actos posibles universalizables en nuestra conducta. Siguiendo su imperativo: «Se debe obrar de tal modo que los efectos de cada acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica».

La palabra «responsabilidad» proviene del latín «responso» (ser capaz de responder o corresponder con otro). Aparece por primera vez en el derecho constitucional británico. En el siglo xx, el concepto de responsabilidad se consideró un elemento esencial de la Ética.

Como ejemplos de lo expresado y ante la imposibilidad de referir, por razones de brevedad y dada su gran cantidad, acciones eminentemente humanas que produjeron enormes contrariedades y desastres en sus previsiones y expectativas cuando se ignoró el concepto mencionado, me limitaré a dar solo dos ejemplos: uno de los comienzos del siglo xx (abril de 1912) —el caso del transatlántico *Titanic*— y otro de cerca de fines del mismo siglo xx (26 de abril de 1986) —el del complejo atómico de Chernobyl—, en la República de Ucrania.

Analizaré ambos casos por su doble sentido: no haber advertido el peligro y no haber actuado preventivamente. Además, se verá que el incremento de la capacidad tecnológica en nuestra civilización ha implicado un aumento proporcional en el alcance de las consecuencias.

Considero que el hundimiento del transatlántico *Titanic* fue la primera gran falta de responsabilidad de la era de la máquina. La obra fue de una dimensión descomunal, creo que poco comprendida por sus participantes. Se construyeron el astillero sobre un pantano en el puerto de Belfast, en Irlanda, y tres buques de pasajeros (*Titanic*, *Britanic* y *Olympic*) de grandes dimensiones y de características totalmente novedosas para la época. Sin embargo, se dejaron de lado o se ignoraron temas esenciales que hacían a la responsabilidad directa de sus proyectistas y sus operadores. Las pruebas de mar se llevaron a cabo en apenas menos de 48 horas después de su terminación en el astillero, y se lo puso en servicio inmediatamente, por lo que nadie estaba entrenado en forma apropiada para su conducción ni conocía su comportamiento general y particular. Era el último viaje para su Capitán que, por su edad, había hecho toda su carrera en buques de vela; los vigías del palo de proa no disponían de prismáticos, es decir que su visibilidad era de alrededor de 500 metros, insuficiente para detener el buque o maniobrarlo a la velocidad a la que se desplazaba; no se disponía de botes salvavidas para toda la dotación y los pasajeros (no lo requería la reglamentación); a título de propaganda, para poder llegar a Nueva York en el menor tiempo posible, se aumentó la velocidad al máximo y se tomó una ruta que hizo entrar al buque en la zona de los hielos polares a la deriva, que ese año, por las muy bajas temperaturas, casi con seguridad interferirían en su trayectoria; si, hubieran hecho pruebas de navegación antes del viaje, se hubieran apercibido de que el área del timón era insuficiente para hacerlo girar en un tiempo y distancia razonables; fueron ignorados informes radiofónicos de buques con los que se cruzaron antes del accidente, que les habían informado la presencia de hielos de gran tamaño a la deriva cercanos a su ruta, lo cual tampoco les hizo reducir la velocidad. La conjunción de esas acciones, evidentemente irresponsables, generó el hundimiento, con la pérdida de 1500 vidas.

Yendo ahora al segundo caso, se observa que el uso desaprensivo de la energía atómica produjo, en Chernóbil, el mayor accidente del siglo pasado, que provocó la inutilización de una ciudad completa, la que probablemente deba permanecer abandonada para siempre, y la muerte de miles de personas. Recordemos que una vez que el reactor hubo explotado, la principal preocupación de los responsables fue ocultar lo que había sucedido. El Director de Planta respiró aliviado cuando uno de sus colaboradores directos le dijo: «Tenemos la situación bajo control. Nadie puede culparlo por el incidente», a lo cual el Director le respondió:

El Teniente de Fragata Miguel A. Groube se graduó de Guardiamarina, Escalafón Naval, en diciembre de 1957. Prestó servicios en buques de la Armada. Culminó la carrera de Ingeniero Naval y Mecánico en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Pasó a retiro voluntario en febrero de 1967. Condujo reparaciones en unidades navales y en flotas privadas. Ejerció la docencia universitaria como Director Adjunto de la carrera de Ingeniería Naval del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

«Por supuesto que nadie puede culparme. ¿Cómo puedo ser culpable si yo estaba durmiendo?». Si no fuera por el sacrificio de más de mil bomberos que sellaron con concreto el reactor, Chernóbil hubiera explotado con la intensidad de ochenta bombas de Hiroshima, que hubieran vuelto inhabitable la mitad de Europa durante años. Rusia demoró en informar la catástrofe casi treinta días después de que Suecia y Polonia observaran que en sus fronteras sur y este se habían registrado aumentos de radioactividad.

La Licenciada Mirta Gorga, en su artículo del diario *La Nación* del 3 de julio de 2021, expresó: «Es sobremano sorprendente que los actuales gobernantes de nuestro país presenten a la sociedad el proyecto de construir una central nuclear flotante con capital y tecnología rusos. Nada menos que bajo la responsabilidad de un país que no supo evitar la mayor catástrofe ambiental de la historia de la humanidad. Y que tampoco puede resolver o ni siquiera explicar, en 2021, cuando han transcurrido treinta y cinco años, el aumento registrado en la actividad del reactor desde 2016. Se trata de un 40% de aumento de temperatura que desconcierta a los científicos rusos y ucranianos. Manifiestan que están estudiando el hecho. Maxim Saveliev, del Instituto para Problemas de Seguridad de las Plantas de Energía Nuclear de Rusia, ha dicho que es difícil evaluar la gravedad de la situación». «Solo tenemos suposiciones», admitió. «No podemos descartar la posibilidad de un accidente». ¿La ciencia y la técnica se declaran incapaces de controlar el monstruo que crearon, criaron y actualmente mantienen?



El hundimiento del transatlántico *Titanic* fue la primera gran falta de responsabilidad de la era de la máquina. Se dejaron de lado o se ignoraron temas esenciales que hacían a la responsabilidad directa de sus proyectistas y sus operadores.

En las dos catástrofes mencionadas, quedó demostrado que la irresponsabilidad con que se había actuado produjo resultados altamente negativos. Interesa ahora destacar dos conceptos del sociólogo Max Weber: los referidos a la «ética de la convicción» y a la «ética de la responsabilidad». La primera está impulsada por la obligación moral y la adhesión absoluta a los principios. En cambio, la segunda, o sea siguiendo la definición de la palabra «responsabilidad», valora las consecuencias de los actos y confronta los medios con los fines.

Para ampliar el concepto, Weber definió una ética de la responsabilidad que no se produce «sin convicciones», que se interroga siempre en modo realístico sobre las consecuencias previsibles de nuestras acciones y asume la responsabilidad que generan: Sin la ética de las convicciones, la ética de la responsabilidad sería una mera ética del hecho, privada de principios morales, por la cual cada medio es lícito para alcanzar su objetivo. Sin la ética de la responsabilidad, la ética de las convicciones quedaría en una interioridad satisfecha de sí misma.

En las Declaraciones para una Ética Mundial del Parlamento de las Religiones Mundiales (Chicago, 1993), se expresó: «La autodeterminación y la autorrealización son perfectamente legítimas, sobre todo cuando no están desconectadas de la responsabilidad hacia los semejantes y hacia el planeta tierra».

Tomando en cuenta las precedentes declaraciones, el filósofo Hans Martin Schönherr Man explicó la responsabilidad de la siguiente manera: «No solo desear el bien, sino también, en el juicio ético, considerar racionalmente las consecuencias de las propias acciones en relación con su finalidad. El individuo y las organizaciones deben reflexionar sobre lo que están haciendo y sus consecuencias. No es suficiente respetar las leyes o atenerse a determinadas normas morales. La responsabilidad se convierte en la palabra clave de una ética de la globalización en un mundo pluralístico de sistemas de valores concurrentes».

Ya a fines de los años setenta, el filósofo germano-americano Hans Jonas, en su publicación *El Principio de Responsabilidad: Ensayo de una Ética para la Civilización Tecnológica*, analizó a fondo la cuestión y la reformuló para nuestro tiempo, a la luz de las mutaciones del mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Tuvo presente la existencia futura de la especie humana, hoy seriamente en peligro. El hombre debe ser responsable globalmente por la biósfera, litósfera, hidrósfera y atmósfera del planeta. Y, si consideramos la crisis energética, también es responsable por el agotamiento de los recursos naturales y el tamaño y la complejidad que han tomado los artificios humanos dado el aumento demográfico y el calentamiento atmosférico.

En *Proyecto para una Ética Mundial* (1990), el sacerdote y teólogo suizo Hans Küng hace suya la visión de Jonas, con dos modificaciones. La primera es que con los efectos de las confrontaciones en el mundo, se debe tener también en consideración la responsabilidad del hombre respecto de sí mismo. No se trata de ser responsable solo hacia el ambiente, el prójimo, la posteridad, sino también hacia el mismo hombre, que debe tener su propia responsabilidad.

Dicho con palabras elementales, ello significa que «el hombre debe ser más humano». El hombre debe disfrutar de su potencial para organizar una sociedad lo más humana posible en un ambiente intacto, de manera mucho más eficaz de lo que ha estado haciendo hasta ahora.

A mediados del siglo xx, empezamos a vivir un nuevo paradigma que tiene como consecuencia no una simple decadencia de valores, sino un cambio de valores: de una ciencia éticamente libre a una éticamente responsable; de una tecnocracia que domina al hombre a una tecnología al servicio de lo humano que hay en el hombre.

Sin embargo, en la actualidad, la propia economía mundial no está determinada a actuar responsablemente, sino, frecuentemente, con absoluta irresponsabilidad. Ello puede ser ilustrado con dos ejemplos concretos: la avaricia por la ganancia y la mendacidad avasallante de la política. No son acciones meramente privadas y pueden ser consideradas un problema sistémico de las personas y de las sociedades y sus gobiernos. Además de ello, son continuas las quejas contra la corrupción de los organismos de control en una cantidad de países desarrollados.

Hans Küng también publicó en 2011 *Honestidad. Por qué la Economía tiene Necesidad de una Ética*. Es un ensayo contra la religión del mercado libre y por el descubrimiento de valores que podrían hacer a la economía más igualitaria y más eficaz. La última crisis lo ha confirmado: el capitalismo no es una ciencia y, al igual que el socialismo, tiene límites profundos que podrían estar llevando a las sociedades al colapso.

Asimismo, analiza, por una parte, la globalización y la evolución de los mercados y, por otra, se interroga sobre conceptos clave como justicia, equidad y remuneraciones. Cree en una ética mundial, válida también para la economía, basada sobre dos principios: la reciprocidad (no hagas al otro lo que no quieras que te hagan a ti) y la humanidad (cada ser humano debe ser tratado humanamente). Por ello, en 1993 creó la Fundación Weltethos de Ética Mundial, empeñada en el desarrollo de la cooperación entre las regiones.

Finalmente, consideremos la posibilidad de una transformación de la sociedad, no contra la ciencia, la tecnología, la industria ni la democracia, sino en asociación con estas fuerzas sociales a las cuales se les atribuía un valor absoluto, pero que ahora relativizamos. Los valores específicos de la modernidad industrial: diligencia, racionalidad, orden, conciencia, puntualidad, sobriedad, eficiencia, no deben ser simplemente abolidos, sino reinterpretados en una nueva constelación constructiva y combinados con los nuevos valores de la posmodernidad: imaginación, capacidad creativa, emocionalidad, humanidad, etc. No se trata de desechos ni de condenas, sino de contrapesos y de proyectos alternativos.

En tal contexto —y esta es la segunda modificación respecto de la visión de Hans Jonas—, las religiones y las ideologías mundiales no deben ser ignoradas sino integradas. Un análisis de la situación mundial que no tenga en cuenta las religiones del mundo acusa un déficit insalvable desde el comienzo.

Concluimos que, en el tercer milenio, el concepto de responsabilidad no puede limitarse al interés parcial de cada sociedad en la confrontación con su propio futuro, sin considerar la totalidad del ambiente y al hombre en sí mismo. Los responsables de los distintos países y regiones, religiones e ideologías del mundo deben ser invitados a meditar y a actuar en el contexto global, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, a los seres humanos reales. ■



Chernóbil provocó la inutilización de una ciudad completa y la muerte de miles de personas. La principal preocupación de los responsables fue ocultar lo que había sucedido. Si no fuera por el sacrificio de más de mil bomberos que sellaron con concreto el reactor, Chernóbil hubiera explotado con la intensidad de ochenta bombas de Hiroshima.